



Tomo II Núm. 9.

++

Director: Pelayo Vizuela.

++

3 Marzo 1901.



Precio 13 céntimos.

LA HUELGA

- ¿Y voy á faltar á los compañeros?
—¿Y vamos á morirnos de hambre?
—Mujer, Dios proveerá... El paro no puede durar mucho. No le conviene á los patronos; por cada día pierden muchos miles de duros.
—Pero, mientras tanto...
—Mientras tanto iremos viviendo como se pueda. ¿No me estabas diciendo siempre que de este modo no era posible continuar?... Pues si conseguimos nuestros propósitos, mejoraremos en adelante. Bien puede sufrirse una semana de privaciones á cambio del aumento de jornal que nos permita vivir con más holgura.

—Pero, es que no lo lograréis lo que pedís, porque ellos son los fuertes. Con la huelga perderán muchos miles de duros, pero no los que ya ganaron, mientras que vosotros...

—Nosotros, no cediendo, somos tan fuertes como ellos.

—¿Dejarán de comer si la huelga dura diez días?... No. En cambio vosotros os moriréis de hambre si ellos la hacen durar todo ese tiempo, ó más si es necesario; y al fin, qué remedio..., tendréis que transigir, y lo perdido, perdido queda.

—Bien, mujer... no hay que ponerse en lo peor. Después de todo, en diez días de huelga,

ellos perderían mucho más de lo que supone el aumento de los jornales que les pedimos, durante un año.

—Sí; pero cuando se tiene el estómago lleno, no se da tan fácilmente el brazo á torcer.

—Ea, Dios dirá. Voy á enterarme de lo que resuelve la Junta.

«Compañeros: Para conseguir la victoria de nuestros ideales, que son bien legítimos, necesitamos recurrir á toda nuestra energía, á toda nuestra fe. Si con valor digno de la noble causa que defendemos, persistimos en nuestra actitud de resistencia, los patronos concluirán por ceder; porque ellos, acostumbrados á las pingües ganancias que el sudor de nuestra frente les proporciona, no podrán resignarse á sufrir la ruina con que el paro les amenaza. Yo os aconsejo,

pues, que no admitamos transacciones, que no nos apartemos un punto de nuestra línea de conducta, en la seguridad de que ante nuestra actitud inquebrantable, única fuerza que podemos oponer á la tiranía del capital, pero fuerza formidable si la consolida la unión, se verán precisados á concedernos lo que pedimos en justicia, y no se nos quiere conceder en razón.»

Este párrafo del discurso, que resumía el sentir de todos, fué aplaudido con entusiasmo por la asamblea. Luego los circustantes reunidos en grupos, comentaron los incidentes del conflicto, las noticias de última hora y antes de separarse volvieron á convenir en que primero que rendirse sucumbirían.



Pero los patronos no llevaban trazas de ceder y los fondos de resistencia con que los huelguistas contaban iban mermándose á cada hora. Algunas juntas provinciales habían enviado socorros, otras solamente cartas de adhesión, pero los recursos tocaban á su término y el conflicto seguía en pie, porque ni las mismas autoridades, que habían querido servir de intermediarias entre patronos y huelguistas, pudieron lograr cosa de más provecho que la certidumbre de que ninguno de los dos bandos estaba dispuesto á transigir.

De esta manera transcurrieron algunos otros días y por fin los fondos se agotaron en absoluto.

Esta circunstancia, prevista por el enemigo, dió ocasión á que comenzara á manifestarse el descontento, cosa también prevista por los patronos, y que determinando la desunión fué restándoles fuerzas á los huelguistas.

Empezó á hablarse de ceder, de transigir, de facilitar la inteligencia, salvando

lo más esencial del programa. Los exaltados dijeron que esto equivalía á declararse vencidos, y que á la ignominia de la derrota habría que añadir el fracaso completo de sus planes, porque á los vencidos no se les conceden derechos, antes bien, se les imponen condiciones.

* *

Pero el hambre apretaba; en algunos hogares había causado víctimas, y la lógica del estómago, mucho más fuerte que la del cerebro, imponíase con su fuerza avasalladora.

* *

— ¿Ves lo que te decía?... ¿Qué habéis conseguido con la huelga?... Que nuestros apuros aumenten hasta el punto de encontrarnos en la mayor miseria. Diez días sin jornal y comiendo sopas, y por fin tenéis que ceder pasando por todo; porque no creo que seas tú de los que persistas, de los que se empeñen en sacrificar á sus hijos por no transigir; no creo que vayas á dejar que concluyamos de morirnos de hambre, exponiéndote á que luego no quieran admitirte en la fábrica, considerándote como uno de los más revoltosos... Esto no puede continuar, ya lo ves; hoy no tengo nada que daros; no puedo siquiera hacer unas sopas, porque en la tienda me han dicho que no me fían más, y como no empeñemos lo puesto... Ya sabes que por mí no me importa, pero los chicos... ¿Quién le dice á los chicos que no hay un pedazo de pan siquiera?... Y recurrir á las vecinas es imposible; la mayor parte se encuentran lo mismo que yo, y las otras están acosadas de peticiones...

— Si tienes razón... Si todo eso que estás diciendo me duele tanto como á ti. Pero ¿qué quieres que yo haga?

— Ir á tra bajar. Presentarte hoy mismo al Director y suplicarle que te admita.

— ¿Y los compañeros?...

— Los compañeros no traen de comer á tus hijos.

— ¿Y dices que no puedes darles ni siquiera un mendrugo?...

— Ni siquiera.

* *

Delante de la fábrica un grupo de huelguistas esperaba á la comisión que había entrado á conferenciar con el patrono. La comisión trajo la mala nueva de que el patrono, lejos de ceder, estaba dispuesto á no admitir á los obreros que no se presentasen aquella mañana.

— ¿Qué hacemos? — dijo uno.

— ¿Qué hemos de hacer?; no entrar

— Eso, es... ¡No entrar! — replicaron muchos.

— ¡Y no consentir que entre nadie!

— ¡Nadie, nadie!

En aquel momento llegó nuestro hombre.

— ¿Qué hay? — preguntó.

— Que el patrón no cede y amenaza con no admitir á los que no se presenten hoy mismo.

— ¿Y habéis resuelto...?

— No entrar ninguno.

— Pero los que tenemos hijos que se mueren de hambre...

— ¡Ninguno!

— Yo entraré.

— ¿Tú?... ¿Serías capaz?...

—Antes que ver á mis hijos muertos, de todo.

—Y yo también entro.

—Y yo...

—Y yo...

—Compañeros... hay aquí algunos que pretenden entrar

Los aludidos avanzaron, eran seis ó siete y á la cabeza iba nuestro hombre.

—¡No!... ¡Fuera esos!... ¡Fuera!...

A estas exclamaciones lanzadas por muchos, siguió una algazara ensordecedora.

—Fuera, fuera.

Enarboláronse algunos palos, hendieron el aire algunas piedras y en un momento el alboroto adquirió caracteres de lucha airada.

Los seis ó siete que seguían á nuestro hombre retrocedieron; él no; él siguió avanzando como si no sintiera los garrotazos ni las pedradas, tanto como la idea de volver sin pan para sus hijos.

Hasta que un enorme guijarro le hirió en la sien, y el infeliz cayó de espaldas arrojando sangre por la herida.

Intervino la Guardia civil y los grupos se dispersaron.

Pero en el trecho que separaba á los huelguistas del edificio quedó exánime un hombre, y después una mancha roja que los obreros tuvieron que pisar para volver á sus faenas de la fábrica.

La de la sangre inocente de la víctima eterna, cuyo sacrificio, sin duda, es necesario á toda redención; puesto que la Providencia lo dispone.

E. Contreras y Gamargo.



ORIHUELA (Alicante).—Río Segura

LUIS MARIANO DE LARRA

¡Mal ha comenzado el año para los hombres ilustres en las letras! Primero Balaguer, luego Campoamor, ahora Larra: tres hombres insignes, que en la república de las letras han alcanzado, por derecho propio, los puestos más preeminentes.

..

Luis Mariano de Larra, hijo de *Figaro*, de aquel portento que la fatalidad nos arrebató en la primavera de su vida, fué uno de los escritores españoles que más boga alcanzaron en la segunda mitad del siglo que hemos enterrado hace dos meses.

Larra no fué un genio, no deja obras inmortales, ni la crítica severa é imparcial colocará su nombre entre las grandes figuras literarias del siglo XIX; pero si fué un laborioso obrero del Arte, un escritor honrado, en cuyas obras campea siempre un ambiente de encantadora sencillez, muy en armonía con el gusto del público de su tiempo.

No había en sus obras genialidades ni alardes de eso que llamamos ahora *modernismo*; pero poseía como ninguno el difícil arte de llegar al corazón del público, sin necesidad de apelar á esos efectos de relumbrón que tan mal parados dejan los nervios de los espectadores.

Larra fué un escritor que conoció perfectamente su época y supo asimilarse á ella, lo cual le valió el ser durante muchos años el ídolo del público y de las empresas, para las que su firma era prenda segura de éxito.

Cultivó con rara fortuna todos los géneros literarios; colaboró en los más importantes periódicos y revistas de Madrid; escribió novelas muy estimables; pero su especialidad fué el teatro, donde consiguió ruidosos triunfos y al que consagró los mejores años de su vida.

Entre sus obras más notables figuran, y siempre se verán con gusto por ese público sano que acude al teatro á solazarse y á buscar unas cuantas horas de honesto esparci-



En el gabinete de trabajo.

miento, *La oración de la tarde*, *Bienaventurados los que lloran*, *Oros, copas, espadas y bastos*, *La agonía de Colón*, precioso drama histórico en un acto, y otras muchas, que forman un extenso catálogo y dan idea de la copiosa labor literaria del ilustre muerto.

Fué Larra uno de los más firmes sostenes de la zarzuela española, que tan mal parada se halla hoy, contribuyendo eficazmente con Camprodon, Eguilaz, Serra, Picón, Olona, Arrieta, Gaztambide, Caballero, Barbieri, Oudrid y otros muchos, al esplendor de ese género, que tanta y tan merecida popularidad alcanzara en el segundo tercio del siglo pasado.

De la simple lectura de las obras de Larra, resulta plenamente demostrado que, á más de un literato notable, era un habilísimo autor dramático, y ducho como pocos en lo que pudiéramos llamar *arquitectura teatral*; y de aquí que fracasara muy pocas veces, pues las peores de sus comedias revelan un acabado estudio y un profundo conocimiento de la escena.

¡Descanse en paz el insigne escritor!

El santo lazo.

Á Pepe Navarro

Siempre he dado testimonio de tener gran aversión á esa grotesta fusión que se llama matrimonio, porque entre varias razones de esas que á nadie se ocultan, sé las cosas que resultan de esa clase de fusiones.

El primer mes, todo es un encanto, un embeleso, hasta que entre beso y beso se desliza el primer mes, porque entonces, el demonio, que en todo quiere mezclarse, hace que empiece á nublarse la dicha del matrimonio.

Y los que se amaban tanto, ven que mengua su pasión, sintiendo en el corazón el frío del desencanto.

De aquí nace la aspereza con que empiezan á tratarse, terminando por tirarse los trastos á la cabeza!

Cesa el amante delirio, huye veloz la esperanza, y ¿qué queda? ¡En lontananza una vida de martirio!

.....
Todo esto y algo más fuerte decía yo antes de ver

á la celestial mujer que te deparó la suerte; pero al mirar su belleza, sus ojos abrasadores, sus contornos seductores, su gracia y su gentileza, su incomparable gracejo, su educación exquisita y la bondad infinita de que su rostro es reflejo, te confieso, ¡qué demonio! que al contemplar sus encantos, me pesa haber dicho tantos horrores del matrimonio. Y creo justo y preciso declarar ante esa bella, que el matrimonio con ella ha de ser un paraíso.

Y pues son rectos tus fines por tan gentil hermosura, ¡á ver cuándo os dice el cura los consabidos latines!

Basta de vacilaciones y á unos pronto los dos, que yo le pediré á Dios en mis cortas oraciones, que vuestra luna de miel siempre esté en cuarto creciente, ¡para que os llame la gente los amantes de Teruel!

Mannel Soriano.



¡ELECTRA!

En tanto que los hombres, en luchas criminales,
sembrando vayan duelos y espantos y opresión;
y en nombre de «perfectos y puros» ideales,
afilén en las sombras espadas y puñales,
y pongan el Derecho debajo del cañón;

en tanto que las leyes al fuerte favorezcan,
forjando para el débil cadenas con afán;
y el vicio y la ignorancia sus llagas nos ofrezcan,
é hipócritas y audaces impúdicos, acrezcan
los male - y tormentos que ahogándonos están;

en tanto la mentira se muestre cual señora
y esclavos de su imperio nos fuercen a vivir;
y al hombre honrado y libre, con sana abrumadora,
lo traten como a fiera dañina y destructora,
sin tregua, hasta el instante de verle sucumbir;

en tanto que la innoble, falaz concupiscencia
domine, absorba y rinda las almas a placer;
y arrastren el Trabajo y el Bien pobre existencia,
y envueltos entre sombras, los rayos de la Ciencia
conserven los «Tartufos» que temen su poder;

en tanto que los pueblos soporten ese yugo
sumisos, y cobardes sucumban al dolor;
y rindan homenajes humildes al verdugo,
clamando lastimeros: - «¡Al cielo así le plugo!»
«¡Benditas las cadenas y gloria al vencedor!»;

en tanto que del Arte las altas concepciones
se truequen en objeto de trato mercantil;
y sólo se propongan rendir adulaciones
los vates inspirados, en rítmicas canciones,
ayunas del más «débil» arranque varonil;

en tanto que los pueblos se entreguen a la holganza,
y muelles se reclinen en brazos del placer,
no esperen que en sus males haber pueda mudanza,
renuncien, para siempre, del Bien a la esperanza;
¡los pueblos que así viven, esclavos deben ser!...

Envueltos en pesares, con dejos de amargura,
sus frutos la experiencia te dió Patria a gustar.
¡Tus males conociste! ¡Remedios ya procura,
rompiendo las cadenas que causan tu tortura
y no te dejan, libre de trabas, avanzar!

¡Arriba, corazones, arriba que ya es hora,
y el yugo del esclavo debemos sacudir!...
Ya brillan en Oriente los rayos de una Aurora
de paz y bienandanza, sublime, redentora,
que puede nuestras penas, piadosa redimir.

«¡Electra!...» ¡Sí!... ¡Lancemos de libertad el grito,
que rasgue de las sombras el lúgubre capuz;
que atruene los espacios, que llegue a lo infinito,
que aterre a los hipócritas oír su eco bendito:
«¡Electra!...» ¡Electra!...» «¡Arriba los corazones!...» «¡LUZ!...

Luis Falcato.

DE CASA

No será de cierto invadir jurisdicciones que tienen en estas páginas su pontífice máximo, ni excederse del título de estas crónicas, mientras el asunto que las motive esté de lleno en el escaque de la literatura española, si, prescindiendo de autores, críticos y editores españoles, fijamos la vista en los que más allá de la frontera trabajan en favor de nuestras letras.

La *Bibliotheca hispanica* se ha enriquecido estos días con un interesante folleto que en ella ha publicado Léo Rouanet, desenterrando un ejemplar, quizá único y poco conocido, de una farsa española que hay que colocar en el teatro anterior á Lope de Vega. Titúlase *Farsa llamada Ardamisa*, y fué su autor Diego de Negueruela, de quien no abundan los datos biográficos. La obra, muy garbosa y desembarazadamente escrita, no es ninguno de estos mojonos que señalan el curso de nuestra literatura dramática; pero revela cierto deliberado intento en la pintura de tipos, como el del portugués finchado y perdonavidas, el de la gitana pedigüeña, el del rufián, el del pastor zafio y el del fraile libidinoso que entrevera la expresión de sus intentos con textos sagrados; y muestra cierto propósito de trama que, al formar el nudo, se corta de repente para cantar la tonadilla final *Madre Mencía* y dos villancicos.

Esta edición, además de una advertencia preliminar de Rouanet, lleva notas finales acerca del valor de algunos vocablos, facilitadas por D. Rufino J. Cuervo, y el texto ha sido compulsado por R. Foulche-Delbosc, otro benemérito de la literatura española, como lo acredita su *Revue Hispanique*, consagrada, en Francia, al estudio de las lenguas y literaturas peninsulares, y su *Bibliotheca hispanica*, en la que han aparecido ya, contando la *Farsa llamada Ardamisa*, cuatro importantes ó curiosas obras españolas.

Una de ellas es la reimpresión de la *Celestina*, de que ya se hizo ligera mención, y se recuerda ahora, no para insistir en ella, sino para completar la nota bibliográfica allí apuntada, con la recentísima publicación de una tesis doctoral, escrita en latín, que estos días ha aparecido en Francia, y de la cual es autor Mr. E. Martinenche. Titúlase *Quatenus tragicomedia de Calisto y Melibea, vulgo Celestina dicta ad informandum hispaniense theatrum valuerit*. Así la primera parte de este trabajo, que comprende el cuadro de la época en que apareció la *Celestina*, como la segunda en que entra detalladamente en el estudio crítico de la obra, tocando muchas de las cuestiones que están en pie, no son materia despreciable. Y no sólo á Mr. Martinenche debemos este trabajo, sino otro voluminoso, de recentísima publicación, que titula *La Comedia Espagnole en France. De Hardy á Racine*, y que ha dado á conocer la casa Hachette. Sólo anotamos aquí su aparición.

De Francia va á salir en breve, gracias á la dirección que Mr. Meriné señala á sus alumnos de la Universidad de Tolosa, una edición paleográfica de la obra poética del Arcipreste de Hita. J. Ducamin copió pacientemente el año pasado los códices más auténticos, depuró variantes, señaló deficiencias y errores de lo que tenemos publicado del Archipreste, y, según mis noticias, no tardará en aparecer al público la edición que se debía al desahogado Arcipreste. Ducamin, en las notas puestas á los fragmentos de *La Araucana*, que publicó para fines escolares, mostró ya lo que debemos esperar de un trabajo que emprendió con tanto cariño.

Alemania ha sido el país clásico de los afectos hacia nuestra literatura, y no

deja de haber quien mantiene allí el fuego sagrado de los entusiasmos. Fasteurath es el más fervoroso hispanófilo que hoy existe, y si el año penúltimo fundó y dotó en Colonia los *Juegos florales* á imitación de los de Barcelona, para este año ha creado un premio á que puedan concurrir los poetas españoles. De ello han dado cuenta varios periódicos españoles, y el mismo Fasteurath en una carta que publicó la *Revista Contemporánea* del 15 de Enero último.

En Hungría otro apasionado hispanófilo, Korosi Albin, acaba de publicar un rico volumen titulado *Spanyol Téli Esték*, y lo que de él hemos podido coleccionar, es que el Sr. Korosi Albin, que tantas traducciones tiene hechas de poetas españoles, aumenta ahora su colección con otras tantas leyendas de Zorrilla, Duque de Rivas, Espronceda, Arolas, A. Hurtado. M. del Palacio, Núñez de Arce (á quien el volumen se dedica), una catalana de Víctor Balaguer y otra vasca titulada originariamente *Altabiskarraco Kantua*. No podemos juzgar de esta obra; pero curioseando en sus páginas, se nos antoja que las traducciones están hechas con gran ajuste, apreciando lo más externo y material de la versificación.

A Italia debemos el descubrimiento de las poesías latinas de Garcilaso de la Vega, de quien sólo conocíamos en latín un corto epitafio. Estas poesías han aparecido en un códice que fué del Bembo juntamente con trabajos de éste hasta ahora desconocidos. Tenemos noticia del hallazgo; pero aún desconocemos su importancia, que sí ha de tenerla; ara nosotros, tratándose de Garcilaso, *sidera mejora* de nuestra lírica, y á quien sólo el maestro León puede hacer sombra.

Los italianos Sres. A. Frinelli y Mario Schiff han pasado una buena temporada en nuestra Nacional. El segundo ha explorado además el archivo de Simancas, y lleva de aquí una copia precisa de la traducción de la *Divina Comedia*, por D. Enrique de Aragón, llamado el marqués de Villena, que el mismo Schiff descubrió en los fondos de manuscritos de nuestra primer Biblioteca madrileña.

También los fondos de este Centro y de la Biblioteca de S. M. son recorridos actualmente por una laboriosa norteamericana, que se propone, según tenemos entendido, señalar las influencias y reminiscencias de Boccaccio en la historia de nuestra literatura. De norteamérica nos llegó el último año uno de los primeros estudios que se han hecho acerca de nuestra novela picaresca, que bien vale la pena de ser estudiada.

Sólo cabe en estas notas dar cuenta de trabajos que acaban de aparecer ó de los que algunos extranjeros están realizando en beneficio de nuestra literatura. Si abriéramos un poco la mano en la reseña, ésta no cabría en estas páginas. Transmítase por ellas nuestra gratitud á cuantos nos favorecen con sus investigaciones, con sus esfuerzos y con sus juicios.

J. L. Estelrich



¡POBRES MAESTROS!

Los maestros de escuela continúan haciendo gestiones, hasta la hora presente infructuosas, para conseguir la necesaria alimentación.

¡Miren que es atrevimiento! ¡Aspirar á comer!

Es lo que dirá el ministro del ramo:

—¡Pero, señor; jesa gente se ha vuelto local!

Todo el que se dedique á maestro de escuela en este bendito país, debe comenzar por hacer renuncia de los bienes terrenales y convencerse de que para él se han acabado los comestibles.

Siempre me acordaré de una doña Ramona que había en mi pueblo, madre de un chico á quien alimentaba con hierbas cocidas y men-drugos.

—¡Pobrecito!—la decía yo.—Lo tiene usted muerto de hambre

—Quiero que se acostumbre á no comer—con-
testaba ella.—Así no echará de menos el alimento cuando ejerza la profesión.

—¿A qué lo va usted á dedicar?

—A maestro de escuela. ¡Ya ve usted si tendrá que pasar hambre en este mundo.

Y, en efecto, el chico llegó á hacerse hombre y después profesor de primera enseñanza, y como es costumbre, dejaron de pagarle sus haberes, y hoy dice con la mayor naturalidad:

—¡Caramba! ¡Tengo unos deseos de probar el jamón!

—¿No lo conoce usted?

—Sí, señor; pero de vista solamente.

Es inútil que los maestros traten de quebrantar el ayuno forzoso.

Los poderes públicos oyen sus quejas como

quien oye llover, y lo mismo conservadores que liberales exclaman al oír sus quejas:

—¿Ha visto usted qué ambiciosos? ¿Aspirar á que se les pague? ¿Cuándo se ha visto que coman los maestros?

Cuéntase que cierto gobernador de una provincia andaluza, al visitar las escuelas enclavadas en su jurisdicción, encontró á un maestro que estaba comiendo un tomate crudo sentado á la puerta de su casa; y el gobernador, montando en cólera, le dijo:

—¡Goloso! Parece mentira que, prescindiendo de su respetabilidad, se ponga usted á comer golosinas pú-



blicamente. ¿Es ese el ejemplo que da usted á sus discípulos? ¿Qué se propone usted con esa conducta? ¿Criar siparitas en vez de ciudadanos frugales y sobrios?

Llega á tal punto la necesidad de algunos maestros de primeras letras, que no hace muchas semanas se presentó en casa de los padres de un alumno cierto maestro rural.

—Buenos días—dijo humildemente.

—Muy buenos los tenga usted, D. Severiano.

—Vengo á hablarles á ustedes de su hijo.

—¿Qué? ¿Ha hecho alguna diablura? ¿No quiere estudiar?

—Todo lo contrario; el chico es muy estudioso y muy dócil, pero está tan gordo, que me veo en la necesidad de echarle de la escuela.

—¿Por qué?

—Porque el día menos pensado, no me puedo contener... ¡y me lo como!

Luis Taboada.

CONSULTA PARTICULAR

«Señor Don Juan Pérez Zúñiga. Se me ocurre un pensamiento. Voy á exponerle y quisiera la opinión de usted. Yo creo que cualesquiera que fueren los productos del ingenio, no deberían ser nunca artículos de comercio. Comprar una poesía de seis docenas de versos igual que si se compraran seis docenas de cangrejos; estimar en cantidades que ascienden á más ó menos lo que está muy por encima de los tomates ó el lienzo, es rebajar nuestra clase, es despreciar al sujeto que expresa lo bueno ó malo que Dios puso en su cerebro. El Estado, á quien importa la cultura de los pueblos, es quien debería darles subvenciones á los genios.

á que de mentirijillas nos pagasen, pues diciendo que es justo al que escribe en broma darle en broma su dinero, querría el Estado ahorrarse retribuciones en serio. ¡Pues no es nada si el Tesoro tendría que verse negro para negar subvenciones con justísimo criterio á muchos grandes poetas, que siendo unos majaderos se creen Migueles Cervantes con los dos brazos completos y luego, al juzgar sus obras,

El resultado metálico sería igual para ellos y podrían darse el tono de regalar sus engendros, sin vender á la medida con odioso regateo las revistas, los romances, las quintillas y los cuentos. Ahora con toda franqueza dígame si encuentra en esto un disparate y disponga de su amigo

Roque Bucho»

II

Señor Don Roque: Su idea para mí no tiene precio ¡Ojalá el fisco nos diese grande y seguro estipendio! ¡Pero qué dificultades y cuantísimos tropiezos encontraría el Estado cuando se encargase de ello! ¡Qué escala de subvenciones formaría, Dios eterno!

se ve que tienen de genios lo que yo de ama de llaves ó mi abuela de bombero! Nada, nada, amigo mío; le aplaudo á usted el pensamiento; pero llevarlo á la práctica no es posible: así lo creo. Ruede, pues, la bola; cobre cada cual según su puesto y el nombre que tenga y chinchese quien no haya podido hacerse lo, que el que vale arriba llega y el que no, queda en el suelo; y de las postergaciones riase usted. Suyo atento...

Juan Pérez Zúñiga.

ARTE Y ARTISTAS

GUILLERMO GÓMEZ GIL

De trato afable y cariñoso, con grandes dosis de buen humor y amigo de sus amigos, Guillermo Gómez Gil se hace querer de cuantos cultivan su amistad.



Discípulo de Muñoz Degraín, tiene por su maestro un verdadero culto; sus obras tienen un sello especial inconfundible, y sus marinas son de las mejores que hoy se pintan. Gómez Gil abarca todos los géneros: prueba de ello, el hermoso lienzo que hoy reproducimos; pero, y en este mismo lienzo se ve, no es su fuerte la figura, la pinta discretamente; pero si comparamos en este cuadro las figuras con el paisaje, vemos en las primeras algo de miedo a perder el dibujo; algunas durezas, debidas quizá a esto, y en cambio en el fondo, se ve que va por terreno firme; hay soltura en la ejecución, frescura en el colorido, y sobre todo, carácter local; no en balde nació Guillermo en la tierra de María Santísima.

Gómez Gil es opuesto a las especialidades, de ahí el pintar todos los géneros; pero, sin embargo, tiene una especialidad, las marinas de noche. Esas hermosas noches de luna, tranquilas, en que a las aguas no las mueve ni la brisa más ligera, tienen en este artista uno de sus más, ó quizá el más afortunado de sus intérpretes. Las marinas que pinta de este género se las disputan y se las pagan á buenos precios, pero á pesar de este éxito, Guillermo no se aviene á pintar negruras, porque para esas melancolías tiene Gómez Gil demasiado alegre el carácter.

Las recompensas obtenidas son varias y de consideración, y más serían si el favoritismo no imperase tanto en este malhadado país; pero á pesar de esto posee una medalla de oro

en Málaga, provincia de las de más producción artística, y dos terceras medallas en Exposiciones nacionales.

En la próxima Exposición piensa presentar algo de importancia, y seguramente obtendrá la recompensa digna del que tiene los alientos y condiciones artísticas de Guillermo Gómez Gil.

José Puyo.



La vida literaria.

MISCELANEA

El alcalde de un pueblecillo de Valencia ha declarado solemnemente que está dispuesto á ir á la cárcel y, atado todo con todo, si es preciso, antes de pasar por las horcas caudinas de pagar á los maestros.

A primera vista parece la declaración del supradicho monterilla una declaración de estado de... barbarie; mas si bien se mira, la cosa no es para tanto.

No es para tanto, ni mucho menos.

Ese señor alcalde, quizá sea un filósofo de altura.

Un filósofo de campanario.

Y, allá, en las alturas donde viven las cigüeñas, las cosas deben de parecer distintas, al «primer porrazo de vista», de lo que se nos figuran á los que aquí vivimos sometidos á cualquier alcalde de casa y corte... y aun boca.

* *

Aquí, en Madrid, donde el pan está por las nubes, ya nadie se preocupa de pagar ó no pagar á los maestros... En ese pueblecillo de la provincia de Valencia, donde el alcalde prefiere ir á la cárcel antes que pagar á los pedagogos... es harina de otro costal, ó, eso es materia, como dijo Renan hace ya tiempo, y un gacetillero francés ha poco días, cosa digna de ser sometida al examen de un pensador.

Total, que el negocio no merece la pena, mayormente.

Ese señor alcalde tendrá sus ideas propias.

Tendrá sus pensamientos dignos de Aristóteles y de Pando y Valle quizá, y quizá también del mismísimo García Alix; pero hay que meditar sobre el asunto, porque para algo es uno gacetillero humilde, pero concienzudo.

Bien ha hecho, en mi humilde juicio, ese señor alcalde oponiéndose al pago de los maestros.

—¿Mis razones?

Estas son: Está muy bien, es cierto, que todo el mundo tenga principios... pero ¿á qué principios si no hay fines?

¿De qué sirven las primeras letras sin sus consecuencias naturales?

Hay quien sabe leer y escribir correctamente, como cualquier secretario de Ayuntamiento, y, sin embargo, su alma no ha salvado el límite del semirradio que permite recorrer la cuerda que tiene por centro la argolla de cierto lugar donde á diario encuentran el sustento ciertos seres muy dignos, pero ineducables por la pedagogía.

* *

¿A qué dar letras á quien no puede salvar el límite natural que le permite una ligadura con argolla?

— Para vivir...

—¿Esto es, para vivir, para echar un chicoleo, para decir una frase digna de hacerse acreedor de un alto cargo, para comer, beber y arder hacen falta las primeras letras? Nones.

Ese señor alcalde es casi un Catalina. Casi un sabio.

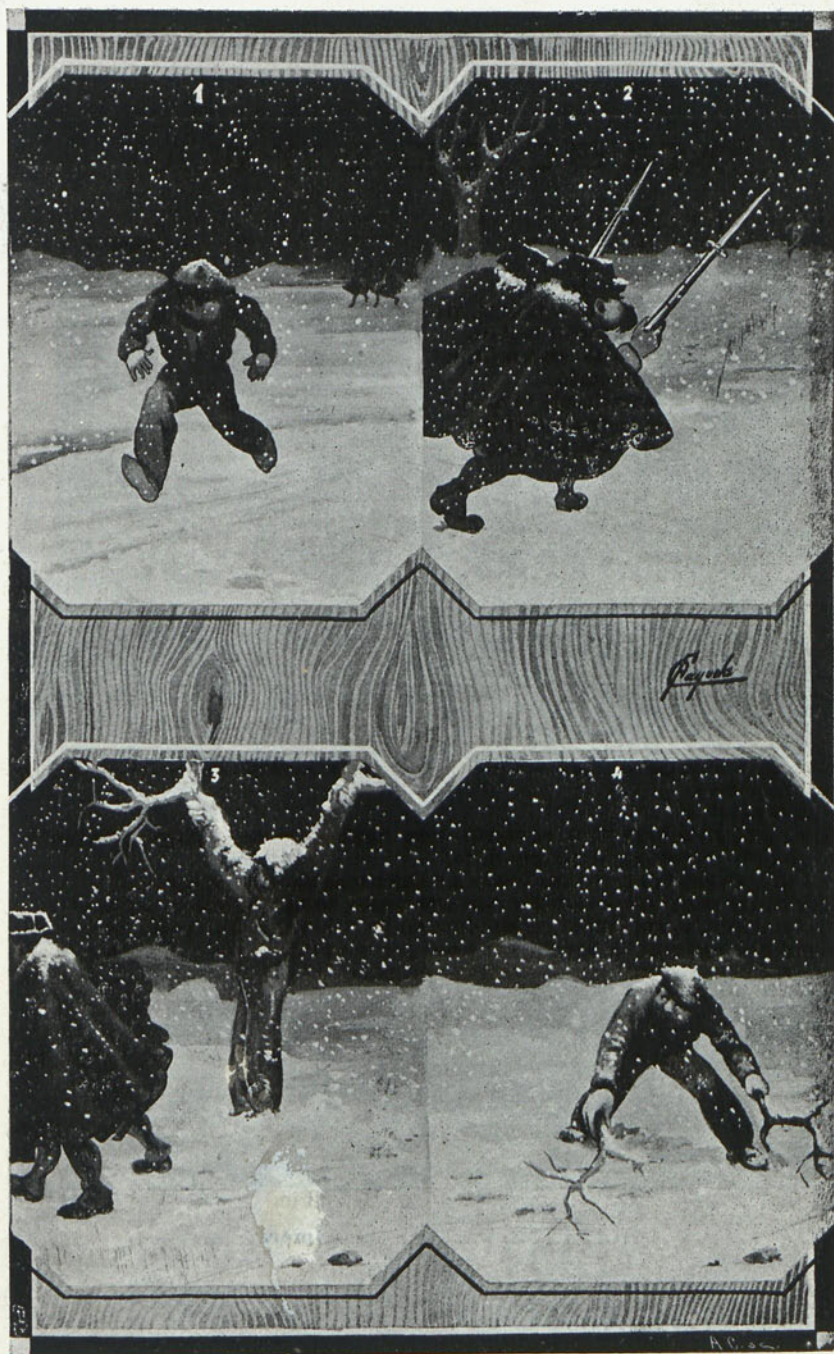
Nada de rudimentos literarios.

Nada de— y ustedes perdonen— de desasnar á medias.

Lo primero es ser tonto de una vez ó sabio de cuerpo entero.

El que sabe de letras y las cuatro reglas, suele ser funesto para la sociedad y para su familia.

Tomás Carretero.



HISTORIETA, por Cayuela.

Biblioteca Nacional de España



ALICANTE: Paseo de las palmeras.

Tipografía Moderna de T. Osácar, Espíritu Santo, 18. Madrid.